

DOCUMENTOS

Supervivientes: Un testimonio de amistad después del Holocausto

David GUTTMANN

Nota editorial

Estas palabras fueron escritas por el profesor David Guttman, a modo de carta dirigida a Viktor Frankl después de su muerte, y pronunciadas por su autor por primera vez en la conferencia *Sobrevivir para vivir*, <https://shop.auditorium-netzwerk.de/detail/index/sArticle/14698>

En las XXVI Jornadas-Encuentro de AESLO (San Sebastián, octubre 2022) el autor las ha compartido con nosotros por su compromiso personal para favorecer un conocimiento vital de la logoterapia y la interiorización personal de la misma. Esta es la forma en que David Guttman ha ido transitando su labor logoterapéutica, desde una comprensión existencial al conocimiento conceptual, y es la manera en que entiende su transmisión. Así es como nos la ha brindado y así es como la hemos incluido en este apartado especial de nuestra revista NOUS. Logoterapia vivida que nos transmite la esencia conceptual de la antropología frankliana y que el autor ha plasmado en sus libros, conferencias, actividad académica... a lo largo de su carrera.

Traducción: Margie Igoa.

Mi querido amigo Viktor,

Han transcurrido setenta años desde que te liberaron del último campo de concentración en Alemania. Y hace setenta años yo fui liberado

del gueto de Budapest. ¡Setenta años! ¡Toda una vida! Y todo lo que ha pasado antes y durante ese tiempo, permanece vívido en mi memoria.

Hace setenta años tú no podías imaginar cómo transcurriría tu vida después de tu liberación, ni yo tampoco. Sin embargo, tú sabías muy bien por qué te encerraron en esos terribles campos de muerte alemanes: ¡porque eras judío! Ese era tu único pecado. Y yo nunca olvidé que mi estancia en el gueto de Budapest tenía por motivo ese mismo “pecado”, únicamente eso. No olvido que ambos fuimos sentenciados a muerte sin juicio. Nuestro destino como judíos estaba sellado y solo un milagro nos salvó de una muerte certera. El Holocausto, para ti y para mí, es nuestra historia. Ha quedado grabado en nuestros corazones para siempre. Hemos forjado un lazo implícito e indestructible entre nosotros. Nunca hemos olvidado lo que vivimos durante ese tiempo horrible.

Nuestro encuentro, del que hace ya casi cuarenta años, fue obra del destino. Antes de que tuviese lugar, ya sabía que tenía que conocerte. No podía imaginar cómo sería ese primer encuentro. Solo puedo decir que estoy eternamente agradecido a mi buena suerte por haberos conocido a ti y a Elly, tu maravillosa mujer, y por haber iniciado esa entrañable amistad. Nuestros encuentros a tres eran siempre una alegría para nosotros. A día de hoy, aún sigo hablando con Elly por teléfono de manera regular y visitándola siempre que nos es posible. Y sé que nuestro lazo, nuestro cariño mutuo y nuestra amistad, perdurarán igual de sólidos durante los años venideros.

Repasando nuestras vidas, compruebo que compartimos tantas cosas que nuestra amistad no podía ser distinta de lo que fue. Mi libro autobiográfico “*Homecoming*” [N. del T., no traducido al español], que tú me animaste a escribir, fue publicado un año después de tu muerte. Así que permíteme que te cuente algunas cosas sobre mi vida que no pudiste leer, ya que por otra parte destinábamos nuestros encuentros a hablar sobre otro tipo de asuntos.

En tu libro autobiográfico “*Recollections*” [N. del T., 1997. *Recollections: An Autobiography*. Nueva York: Perseus], contaste que cuando eras un niño, durante la Primera Guerra Mundial, muchas veces hacías cola durante horas, desde primera hora de la mañana, para comprar patatas

para tu familia. Treinta años más tarde, yo hacía lo mismo en el gueto de Budapest. Me ponía en la cola durante horas, en un ambiente gélido, con el fin de conseguir un poco de sopa, sin que me importasen las bombas que caían cerca. No me avergüenza admitir que, de hecho, me sentía feliz por esto, porque la cola se acortaba considerablemente, ya que la gente salía huyendo despavorida. Pero a pesar de ello, muchas veces, cuando llegaba a la cabecera de la cola, ya no quedaba sopa.

Durante la Primera Guerra Mundial robabas maíz de los campos que rodeaban Pohorlice, la ciudad de la república checa donde nació tu padre, para salvar a tu familia de la inanición. Tras la liberación del gueto de Budapest, yo, con el mismo fin, recogía carne de los caballos que yacían muertos, congelados en la calle, y comida de un establecimiento que había sido bombardeado.

De joven, tú organizaste centros de asesoramiento en Viena y otros lugares con el objetivo de ayudar a los jóvenes con problemas psicológicos y personales a encontrar un sentido a sus vidas. También de joven, a mediados de los años cincuenta del pasado siglo, yo fui monitor y profesor de niños judíos procedentes de países árabes. Estos niños eran enviados a los kibutz, donde yo también vivía, porque sus padres no podían mantenerlos. Como tú, treinta años antes, también intenté dar sentido y llevar alegría a sus vidas.

Yo tenía apenas 6 años cuando tú empezaste tu lucha por sobrevivir tras el “Anschluss” (N. del T., la anexión de Austria por parte de la Alemania nazi en 1938). Seis años más tarde, el 18 de marzo de 1944, mi pelea por la supervivencia comenzó con la ocupación de Budapest por el ejército alemán.

Antes de esto, tuve que soportar insultos antisemíticos y golpes por parte de algunos de mis profesores. Pero esto fue un juego de niños comparado con lo que pasó después. En noviembre de 1944, tú sufriste en los campos de la muerte alemanes durante un periodo de más de dos años. Mi estancia en el gueto de Budapest duró menos de tres meses, pero créeme que fueron más que suficiente para los que estuvimos reclusos allí.

Poco después de la ocupación de Budapest por parte del ejército alemán, tuve que llevar puesta la estrella de David en la solapa siempre

que salía a la calle. Nunca he olvidado las lágrimas que mi querida madre derramó mientras cosía esa estrella amarilla en mi abrigo. Ni tampoco puedo olvidar que el día que entré en el colegio con la estrella, todos mis compañeros irrumpieron a cantar una sucia canción antisemítica. Incluso algunos de mis profesores, a quienes yo siempre había respetado, se les unieron. Abandoné el colegio con el corazón roto y sin terminar sexto grado, jurando no volver. Y no volví nunca.

Aún no había cumplido los 12 años y, sin embargo, ya tenía la certeza de que ese era el principio del fin para los judíos en Hungría. Hasta la ocupación de Budapest, los judíos en Hungría vivían con una falsa ilusión, la de la esperanza de que el ejército alemán fuese derrotado y la guerra terminase pronto. Y que la gente pudiese volver a sus vidas pasadas. No sabíamos que en la primavera de 1944 varios millones de judíos ya estaban muertos, asesinados de mil y una maneras distintas por el ejército alemán y sus colaboradores en los distintos países de Europa.

En 1942, perdiste a tu padre en Theresienstadt. Dos años más tarde, yo también perdí al mío. Fue reclutado por una unidad húngara de trabajos forzados y enviado al frente ruso para retirar minas del terreno. Nunca volvió. Sus huellas se perdieron y nunca pude averiguar qué fue de él.

En noviembre de 1944 se estableció el gueto de Budapest, a donde nos trasladaron. Mientras marchábamos arrastrados hacia nuestro destino, que quedaba a tres kilómetros de distancia, la gente que se amontonaba a lado y lado de la calle nos gritaba alegremente toda clase de insultos. Numerosos jóvenes nos escupían, alcanzando a alguno de los que marchábamos. Pero lo que más me dolió, más que todas esas manifestaciones de odio, fue ver a quienes nos miraban desde lo alto de los edificios que bordeaban la calle. Nadie tuvo ni una sola palabra de compasión. Nadie puso ninguna objeción a aquello. Era evidente que los espectadores tenían la certeza de que nuestro destino estaba escrito. Y estaban impacientes por ocupar y robar las casas y los negocios que las víctimas acababan de dejar. De entre todos los países de Europa bajo ocupación alemana, los húngaros fueron, para su eterna vergüenza y deshonra, los que más rápida y eficazmente transportaron a Auschwitz a medio millón de ciudadanos judíos destinados a una muerte segura.

En el gueto vivíamos apretujados con otras dos familias en una habitación vacía de reducidas dimensiones sin calefacción, agua corriente ni electricidad. Nos teníamos que sentar y dormir en el suelo, en “nuestro rincón”. Hambrientos y muertos de frío, mi hermana pequeña y yo fuimos conducidos a una de las casas “seguras” que había organizado la Cruz Roja para niños huérfanos. Estuvimos allí menos de un día. En plena noche y con veinte grados bajo cero, conseguimos escaparnos. Marchamos a cuatro patas a lo largo del único puente que aún quedaba sobre un Danubio congelado camino del gueto, para reunirnos con nuestra familia. Jamás olvidaré la voz del guarda a la puerta del gueto cuando, al vernos, exclamó con voz ronca: “Tenéis que estar locos para querer volver aquí”. Varios meses más tarde del fin de la guerra supe que a la noche siguiente a nuestra huida, un grupo de alborotadores del infausto partido de la Cruz Gamada irrumpió en esa “casa segura”. Se llevaron al río a todos los niños y adultos y los mataron.

De regreso de esa “casa segura”, continuamos sufriendo en el gueto, a la espera de una muerte segura. Cada día seguía acudiendo al reparto de comida, con la esperanza de conseguir un poco de sopa y pan para mi familia.

Un día, de vuelta a “casa” sin haber conseguido sopa vi, para mi gran sorpresa, una zanahoria, una zanahoria de verdad, tirada en la cuneta. Según me agachaba para cogerla pude ver, por el rabillo del ojo, que por detrás de mí se aproximaba un soldado alemán. Me apuntaba con su pistola. Tuve la certeza de que iba a morir de un momento a otro. A pesar de ello, no pude reprimir mirarle y sonreírle. El soldado también me miró y me devolvió la sonrisa. Luego me hizo un gesto para que cogiese la zanahoria y siguiese caminando. Cogí ese pequeño tesoro y comencé a alejarme lentamente, aguardando el disparo. Pero nunca se produjo.

Querido Viktor, ese acto de misericordia del soldado alemán fue una de las razones por las que yo pude asimilar tu pensamiento con tanta convicción. Creo que su conducta no se debió al deseo de ahorrar una bala a un pobre chico que de todas maneras iba a morir muy pronto, sino a la evidencia de que aún quedaba un resquicio de decencia humana en su alma.

Quiero que sepas que tuve la oportunidad de corresponder a esa piedad mostrada por el soldado. En el verano de 1946, estando en un campo de desplazados cerca de Salzburgo, camino de Israel, me llevaron a ver el famoso King's See [N. del T., Königssee, el Lago del Rey, en Babiera, frontera con Austria]. Estaba sentado en su orilla en compañía de un pequeño grupo de amigos y nos disponíamos a disfrutar de nuestro almuerzo, que consistía en grandes rebanadas de pan, salchichas vienasas, una chocolatina *Hershey* y zumo de manzana.

Cuando empezábamos a comer, vi que se acercaban despacio unos niños alemanes y se quedaban a escasos metros de nosotros. Los chicos eran de un pueblo vecino. Nos miraron con ojos hambrientos. Yo sabía que nuestra comida representaba para ellos un gran festín. Ellos abrieron sus mochilas, que tan solo contenían unas delgadas lonchas de pan. Uno de nosotros dijo: “Vamos a vengarnos por todo lo que hemos sufrido en la guerra”. Yo me opuse rotundamente. La zanahoria todavía perduraba fresca en mi memoria. Así que dije: “No. Compartamos parte de nuestra comida con ellos”. Mis amigos se rieron de mí. “¿Estás loco? ¿Quieres dar comida a unos alemanes?” Dije: “No, pero estos niños no son responsables de lo que hicieron sus padres”. Y sin esperar respuesta, les ofrecí la mitad de mi almuerzo. Mis amigos, avergonzados, cambiaron de idea y también les dieron parte de su comida. Las sonrisas de felicidad en las caras de estos niños fueron nuestra recompensa...

Pero permite que regrese a mis días en el gueto. Durante el asedio de Budapest por el Ejército Rojo, estuvimos a punto de morir de inanición, de frío y por los bombardeos que cada día asolaban la ciudad. Nos acurrucábamos juntos, medio congelados, en un lúgubre sótano sin comida durante una semana entera. Estábamos totalmente agotados y resignados a una muerte inminente cuando el 19 de enero de 1945 oí un fuerte portazo en la puerta de entrada. No tardó en aparecer en nuestra estancia un soldado ruso. Apuntándonos con una pistola, dijo en una voz aterradora: “Nyiemetsky Kaput. Los alemanes, se acabaron”. Nadie se atrevió a pronunciar palabra. Aún hoy no sé de dónde saqué el coraje, pero hice un esfuerzo por arrastrarme hacia él y le tendí las manos. Cuando me vio, sacó de su bolso un gran trozo de pan moreno y me lo dio. Lo devoramos al instante.

Ese trozo de pan nos salvó la vida. Y estoy eternamente agradecido a este soldado desconocido del Ejército Rojo. Quién sabe qué habrá sido de él en el transcurso de la guerra. Solo sé que hizo lo que haría cualquier ser humano con decencia.

En abril de 1945 fuiste liberado de Turkheim, el último campo de concentración en el que estuviste. Y cuando estuviste en condiciones de emprender viaje, volviste a Viena como un hombre destrozado en cuerpo y espíritu. Te encontrabas sumido en una depresión y al borde del suicidio. Pero entonces obtuviste el mayor regalo de tu vida: Elly. Ella es verdaderamente “una mujer virtuosa”, como está escrito en el libro de Proverbios del Antiguo Testamento, (31:10). Ella te devolvió a la vida, creó un hogar y una familia para ti, y te dio fuerza. Con su dedicación y su intenso trabajo, y con tu talento, determinación y entusiasmo, conseguiste reconstruir tu vida. Adquiriste fama, respeto y admiración. Tu trabajo dio y sigue dando sentido a las vidas de millones de personas de todo el mundo.

Querido Viktor, en tu libro *Recollections*, dejaste escrito que debías tu supervivencia a tu determinación de reconstruir el manuscrito perdido en Auschwitz. Ese manuscrito, “The doctor and the soul” [Psicoanálisis y existencialismo] se publicó en 1946, un año después de tu liberación. Yo tuve el honor de traducir este *bestseller* al hebreo. El libro se publicó hace siete años en Israel y envié el primer ejemplar a Elly. Ojalá estuvieses aquí para que pudieses ver lo apreciado que es por los profesionales que se dedican a tareas de cuidado.

También quiero contarte que mi lucha por la supervivencia no terminó con la liberación del gueto en Budapest. Como muchos otros niños supervivientes del Holocausto, tuve la oportunidad de comenzar una nueva vida en el seno del movimiento Sionista, en cuyos ideales encontré una razón para afrontar todas las dificultades y tareas que todavía me quedaban por delante. Esos ideales consistían en residir en Israel como pionero, cultivando la tierra y construyendo el Estado Judío, donde nuestra gente procedente de cualquier parte del mundo pudiese vivir en seguridad, con libertad y dignidad.

Como supervivientes del Holocausto, nos hicimos un voto a nosotros mismos: ¡Nunca más! Los judíos no deben volver a ser nunca más

víctimas de un genocidio. Lucharemos por todos los medios posibles para preservar nuestra cultura, nuestros valores, nuestra independencia y nuestra libertad.

Mi viaje a Israel comenzó el 8 de diciembre de 1945. Duró dos años y medio. Primero fui a Viena, donde en calidad de joven refugiado, estuve en el Rothchild Hospital, donde ejercías como jefe del departamento de Neurología, puesto desde el que salvaste muchas vidas. Según el Talmud, “Aquel que salva una vida, es como si salvara al universo entero”, puesto que cada vida es un universo en sí misma. Entonces, ¿cómo se te tendría que considerar a ti? ¡Como un verdadero héroe!

En Austria y en Alemania viví durante algún tiempo en campamentos de desplazados, en las localidades de Salzburgo, Leipheim y Bayerisch Gmain. Nunca te dije que también estuve en Munich en enero de 1946. Allí permanecí en el bombardeado German Museum en una tienda de campaña, temblando de frío y muerto de hambre, pero esto no fue nada comparado con lo que tuviste que sufrir en los cuatro campos de concentración a los que, por fortuna, sobreviviste.

En tu autobiografía *Recollections*, decías que de niño fuiste Bar Mitzvah [N. del T., edad de la madurez en los varones según la tradición judía, a los 13 años] y que, como tal, cantabas durante las bendiciones de la Torá de un modo tan armonioso que el cantor te alentó a que considerases la posibilidad de llegar a ser cantor tú también. A la misma edad, yo también poseía una bonita voz, y cantaba en yiddish y en hebreo en los campos de desplazados de Nuremberg y otros lugares ante públicos multitudinarios. Pero la vida de cada uno tiene su propio curso: ni tú fuiste cantor, ni tampoco lo fui yo.

En el verano de 1947, llegó el momento de realizar mi sueño. Junto con otros 4500 refugiados judíos del Holocausto, embarqué en el *Exodus*, el barco que se hizo famoso por su lucha en favor del establecimiento del Estado Judío. Como yo ya hablaba hebreo, fui seleccionado por el capitán del barco para escribir dos carteles enormes en hebreo y en inglés: “Exodus, 1947, a Haganah Ship” [N. del T., Éxodo, 1947: un barco Haganah -organización paramilitar de autodefensa judía-]. Tales carteles fueron colgados a ambos lados de la cubierta superior.

Como probablemente hayas sabido, nuestro barco fue apresado por la Marina Británica. Todos sus pasajeros fuimos transferidos por la fuerza a otros tres barcos de prisioneros y devueltos a Alemania como castigo por haber intentado entrar en Israel de manera ilegal. Yo fui encarcelado en el *Ocean Vigour*, encerrado detrás de alambres de espino junto con otros 500 prisioneros. Durante dos meses y medio comíamos y dormíamos en la parte inferior del barco, sobre el hierro desnudo, hasta que llegamos a Hamburgo. Allí, tras ser brutalmente golpeados por la policía militar británica, nos transfirieron a un tren cuyas ventanillas estaban cubiertas de alambre de espino, para ser conducidos a un campo de concentración.

Tú, mi querido amigo, estuviste en verdaderos campos de concentración, mientras que yo solo estuve en campos de concentración británicos: primero, en Poppendorf, luego en Emden, y más tarde en Begen Bel-sen. Imagina qué ironía de la Historia: La Armada Británica que te liberó de ese horrible campo de concentración en 1945, me encarceló a mí en el mismo en 1947. Naturalmente, sé que la diferencia entre los campos de concentración en los que estuviste tú y los que estuve yo es como la distancia entre el cielo y la tierra. Pero un campo de concentración sigue siendo un campo de concentración...

Finalmente, en abril de 1948, llegué a casa. En Israel me convertí en un pionero, tal y como soñaba, pero mi sueño primigenio de continuar mis estudios más allá de la escuela elemental me llevó a Jerusalén, donde me formé como profesor y trabajador social. Años más tarde, cuando di clases en diferentes universidades, incorporé como material tu libro más inspirador: *El hombre en busca de sentido*.

Querido Viktor, permíteme que te diga que cuando te visité por primera vez en 1988, me impactó la modestia de tu casa. Pensé que un hombre con tanta fama viviría en una casa ricamente amueblada. Sin embargo, para mi sorpresa, vi que Elly y tú vivíais en condiciones muy modestas.

Pocos años después de tu muerte, Elly me mostró tus verdaderos tesoros. No eran, como se suele esperar, las condecoraciones, medallas, cartas de ciudadano de honor y doctorados que tú recibías de todos los rin-

cones del mundo. Escondidos en un pequeñísimo armario, que tú habías construido con tus propias manos, guardabas tus tesoros más preciados: un trozo de alambre de espino procedente de la valla del último campo de concentración, del que fuiste liberado; las gafas que usaste en los campos, y el chal de oración y el solideo que te regalé con motivo de tu segundo Bar Mitzvah en la Muralla Occidental de Jerusalén.

Tus tesoros me llenaron de emoción. Los tesoros que yo guardo de ti son la caricatura que me hiciste, ocho paginas taquigrafiadas de una de tus conferencias y los libros que me regalasteis Elly y tú. Sabes lo agradecido que he estado siempre por la dedicatoria que escribiste para mi primer libro de logoterapia titulado: *Logoterapia para el profesional, Trabajo Social con sentido*.

Debes saber que en una de mis visitas a Elly, ella insistió en que me sentase en tu silla, delante de tu gran mesa de despacho, donde habías trabajado, para que Michal, mi compañera, pudiese sacarme una foto allí. Para entonces tú no podías ver mi cara, pero si hubieses podido verla, hubieses sabido cómo me sentía. Tal honor era más de lo que yo podía imaginar para nuestro primer encuentro en San Francisco en 1984.

Querido Viktor, recuerdo con total claridad cómo solíamos caminar por las inmediaciones de la Universidad de Viena. Solías agarrarme del brazo en un gesto amistoso. Me llevabas al café donde tenías una mesa especialmente reservada para ti, el mismo que Sigmund Freud acostumbraba a frecuentar. Luego me enseñabas la iglesia en la que tú esperabas recibir una señal para resolver el enorme dilema en el que te debatías: elegir entre quedarte con tus padres y compartir su destino, o tomar el barco para América con tu manuscrito. Te decidiste por lo primero. Y estoy seguro de que tu larga vida fue una recompensa por cumplir el Quinto Mandamiento [N. del T., quinto en la tradición judía, cuarto en la católica]: “Honrarás a tu padre y a tu madre...”.

Hablábamos sobre tu actitud frente a cuestiones como la culpa, el perdón, sobre objetivos y responsabilidades. Confieso que hasta el momento en que hablamos de todas estas cuestiones, estaba lleno de odio hacia Alemania y todo lo alemán. Me negaba a hablar su lengua, a comprar productos alemanes, nunca solicitaba fondos alemanes para investi-

gación, ni organizaba conferencias con dinero alemán. Pero cuando me hiciste ver que no hay tal cosa como la culpa colectiva; que las personas deberían ser juzgadas tan solo por sus acciones, un recuerdo olvidado durante mucho tiempo me vino a la mente: mi incidente con ese soldado alemán y la zanahoria, y cómo este incidente tuvo un impacto en mi vida.

Querido Viktor, tenías razón. Los seres humanos tenemos esta capacidad única que denominaste “autotrascendencia”, entendiéndolo por ello que las personas son capaces de trascender las condiciones que les rodean, los sentimientos y las actitudes que tienen grabadas, en pos de una causa noble. Siempre sentí que nuestra amistad estaba basada en ese entendimiento de hacer de nuestras vidas algo verdaderamente lleno de sentido en favor de los demás.

Me enseñaste que tenemos que acordarnos de cuál es nuestra misión en esta tierra y actuar como si el tiempo se nos estuviese acabando. Nunca deberíamos caer en la ilusión de que realmente podemos controlar nuestras vidas. Tú sabías que la suerte y las coincidencias gobiernan nuestras vidas. Aun así, siempre queda un espacio de libertad en el que uno puede elegir. Y la decisión que tomamos impacta en nuestras vidas para bien o para mal.

A menudo decías que había dos clases de personas: las decentes y las otras. Las primeras pueden encontrarse incluso en las condiciones más deplorables. Y nosotros deberíamos enseñar a nuestros hijos a resistir las tentaciones, las presiones colectivas y las leyes inhumanas para llegar a pertenecer al grupo de los decentes. Sé que es difícil nadar a contracorriente, pero se puede hacer. Requiere esfuerzo, persistencia, un carácter fuerte y un buen modelo. Tú fuiste ese modelo para mí.

Como ves, crecí en una familia pobre pero llena de amor, en la que los valores tradicionales de humanidad y decencia, junto con una riqueza espiritual y cultural, eran más importantes que los materiales. El deseo, siempre repetido por mis padres, era que llegase a ser una persona instruida, no una persona rica. Y yo grabé este deseo en mi alma.

Desde mi más tierna infancia, mi sed de conocimientos predominaba sobre los demás valores. Siempre sentí que no había sido liberado

del gueto de Budapest en vano, que el sentido de mi supervivencia consistía en ayudar a los demás a obtener de sus vidas lo más y mejor posible. También pensaba que la obligación de todos los supervivientes al Holocausto era hacer todo lo que estaba en nuestra mano por borrar el sufrimiento de los menos afortunados, los enfermos y los necesitados. Esto me llevó a mi tarea de trabajo social y a tu logoterapia. Tu amistad también cambió mi rumbo profesional, pasando de la gerontología a la logoterapia y el análisis existencial.

Tú me decías que uno o una tiene que comprender e incorporar en su alma lo que la logoterapia requiere, por encima de todo, de sus practicantes: ser un “Mensch” en el mejor sentido de esta palabra Yiddish [N. del T., integro, honorable en yiddish, lengua germánica del oeste de los judíos asquenazí].

No puedo olvidar que, en una ocasión, en una de mis muchas visitas a tu casa, en un frío día de otoño, acudí a verte a ti y a Elly, olvidándome de coger un abrigo más grueso. Cuando estaba a punto de irme, los dos insististeis que me llevase el abrigo que usabas para subir a los montes del Tirol. Ese abrigo es uno de mis tesoros. Representa tu cariño y cuidado hacia mí. Y cuando lo uso, se hace patente el calor de tu espíritu. Nunca me atreví a decirte que tú eras para mí más que un amigo muy querido. Eras una figura paterna, un sustituto de mi padre, a quien perdí en la guerra cuando tenía 12 años.

Como sabías, la ley de la religión judía señala cuatro situaciones en las que una persona tiene que estar agradecida a Dios y obligada a expresar gratitud: la primera corresponde a uno que viajó por el océano y regresó sano y salvo a casa. La segunda, a quien atravesó el desierto sin sufrir daño alguno. La tercera se refiere a alguien que estaba gravemente enfermo y recobró la salud. Y la cuarta incluye a alguien que estaba preso, o en cautividad, y fue liberado. Estas cuatro situaciones expresan una grave amenaza de la vida. Por lo tanto, es natural que se reconozca esa situación de peligro y que dé gracias a Dios por haber salido con bien de una o varias de estas situaciones.

Querido Viktor, al igual que tú, yo sobreviví a todas ellas. Y me siento agradecido a la vida por cada uno de los peligros de los que tuve la

suerte de escapar. Pero mi gratitud por lo que se me dio más allá de lo que yo merezco no representa un deber en cuanto a mis obligaciones religiosas. No puedo expresar esta gratitud en palabras. Pero puedo sentirla profundamente en mi corazón. Lo siento cada vez que me sucede algo inesperadamente bueno, cuando la vida me da un regalo. En esas ocasiones, me siento sorprendido e incapaz de encontrar las palabras adecuadas para expresar mi gratitud. Mi amistad contigo y con Elly pertenece a esta categoría.

Yo no fui uno de tus alumnos de la Universidad. Pero fui alumno tuyo en la vida real. Tú has sido mi mentor espiritual y mi guía, mi modelo de honestidad, de amor por la vida, de modestia y generosidad. Quiero permanecer joven de espíritu, como tú. Y, como tú, creo en lo que es bueno y bello, a pesar de todas las frustraciones, porque ellas forman parte de la vida de todo ser humano.

El autor de *El Principito*, Antoine de Saint-Exupéry, escribió en su libro más significativo, *Un sentido de la vida*, que nosotros formamos y modelamos lentamente nuestras creaciones. Uno tiene que vivir mucho tiempo para conseguir su propio fin, para realizar su sueño. La liberación de tu último campo de concentración y la vida que le siguió después testifican que tú conseguiste el objetivo que te habías propuesto desde que eras un niño.

Tú viviste una verdadera vida llena de sentido. Tú pusiste en práctica aquello de lo que hablaste y escribiste con tanto entusiasmo. El fuego de la esperanza de una vida con sentido que tu logoterapia y tu análisis existencial han prendido en el corazón de millones de personas de todo el mundo, nunca se extinguirá. Ese fuego sigue alumbrando la oscuridad a nuestro alrededor, da calor a nuestras almas.

Setenta años después de tu liberación del campo de concentración, y de la mía del gueto de Budapest, se nos recuerda que la amenaza de otro Holocausto en Europa y en Israel es una amenaza real. El antisemitismo no terminó con nuestras liberaciones. Tenemos que estar más alertas a ese peligro. Y el mundo entero tiene que asegurarse de que no volverá a suceder. ¡Nunca más!

Quiero que sepas que cada vez que visito Jerusalén, pronuncio un *kadish* silencioso, la oración judía para los muertos, para ti. Gracias desde lo más profundo de mi corazón por ser tu amigo.

David
Dachau, marzo de 2015

David GUTTMANN fue y es íntimo amigo de Viktor Emil Frankl y su esposa Elinor.

Es doctor y profesor y ha enseñado durante treinta años trabajo social y logoterapia. Entre 1987-1992 fué decano de la escuela de Trabajo Social de la Universidad de Haifa, Israel. Ha escrito libros y artículos sobre logoterapia (que han sido traducidos al español, inglés, alemán, ruso y coreano) y traducido otros libros del inglés al hebreo.

En 2005 recibió el Grand Award de la ciudad de Vienna y la Viktor Frankl Foundation, por su contribución a lo largo de su vida a la obra de Frankl. Ha sido profesor honorario del Instituto de Psicoanálisis de Moscú y de la Universidad de Turan (Almaty, Kazakhstan).